

ALFAGUARA



Eduardo Sacheri

Papeles en el viento

*A todos mis amigos: ustedes, que mantienen siempre
la vida en movimiento.*

Cuando salen del cementerio se detienen un buen rato en la vereda, como si necesitasen orientarse, o decidir qué hacer de allí en adelante. Fernando echa un vistazo a los otros dos. Mauricio baja la mirada. El Ruso, en cambio, se la sostiene, y los ojos se le anegan de lágrimas.

Es esto. La muerte del Mono es esto que está sucediendo. Se parece a las imágenes que Fernando ha construido en ocho meses de insomnio. Se parece pero no es. La realidad es más simple, más básica. Es esto. Este sol de invierno escondiéndose del lado de Castelar, el paredón alto del cementerio, la vereda larga hasta la avenida, los camiones, ellos tres ahí, sin decidirse a nada.

El Ruso alza el mentón, hacia el lado de Yrigoyen.

—¿Se toman un café?

Mauricio asiente y los dos empiezan a caminar hacia la esquina. Fernando demora en seguirlos. No tiene ganas de tomar un café. Pero tampoco tiene ganas de quedarse ahí parado o de volver a entrar en el cementerio. No tiene ganas de nada.

Empieza a caminar con las manos en los bolsillos y los alcanza. Cruzando la avenida encuentran un tugurio miserable que promociona hamburguesas y panchos, pero que también vende café. El Ruso se acerca a la barra para hacer el pedido y los otros van a ocupar una mesa que está contra la vidriera. Mauricio pasea la vista por el lugar. Una de las heladeras de bebidas chorrea agua. El alféizar de la ventana está lleno de mugre. En la pared han pintado una hamburguesa rebosante de ingredientes: “Paty completo 8\$”, escrito en enormes letras anaranjadas.

—Qué lugar de mierda —comenta.

Fernando asiente con una sonrisa desganada.

—Al Mono le encantaría —contesta—. Estos sitios decadentes le parecían siempre una maravilla.

Ahora es Mauricio el de la sonrisa desvaída, y Fernando toma conciencia de que es la primera vez que habla del Mono en tiempo pasado. El Ruso llega con los cafés. Como la mesa está chueca, los vasos de plástico se tambalean y el de Mauricio derrama una buena parte del contenido. El Ruso vuelve hasta el mostrador para pedirle un trapo al empleado.

—Este, cuando caiga... —dice Mauricio, en un murmullo, viéndolo alejarse—. Porque todavía no cayó.

—No. No cayó —coincide Fernando, mientras evoca las imágenes del velatorio y el entierro.

Ayer y hoy el Ruso ha llorado varias veces, pero no se quedó quieto más de cinco minutos. Además tomó la precaución —Fernando está seguro— de no acercarse al ataúd en ningún momento. ¿Le habrá dolido menos? ¿Servirá de algo negar las cosas?

—Si quieren le metemos un taco de papel a la pata chueca —ofrece el Ruso, al volver con el trapo rejilla.

—Dejá, Ruso. No nos apoyamos y listo.

Fernando se pregunta si hay algún modo de ponderar el dolor. Pesarlo, medirlo, compararlo. ¿Cuál de ellos tres está sufriendo más? Lo asalta otra duda: ¿influye el parentesco en la hondura del sufrimiento? Porque si es así él, Fernando, tiene que ser el más triste de todos. Los otros dos son amigos del Mono. Eran. Pero él es el hermano. Era. Malditos tiempos verbales.

Por otro lado, el Ruso fue el mejor amigo del Mono desde quinto grado. ¿Qué pesa más, a la hora de sufrir? ¿Una vida siendo hermanos o treinta años siendo los mejores amigos del mundo? Una pregunta difícil. Inútil, también, pero difícil.

—¿Qué te pasa, que te quedaste con esa cara de nada mirando la mesa?

Mauricio lo saca de sus reflexiones, o las reorienta. Porque Fernando ahora, mientras meneaba la cabeza, se detiene a pensar que, seguro, Mauricio es —de los tres— el que menos dolor siente. Demasiado egoísmo como para condolerse por nada demasiado tiempo. Fernando lo piensa y se siente mal. Como si fuera un pensamiento excesivamente mezquino, el suyo, en semejante momento.

—Nada, me quedé colgado.

Bebe un largo trago de café. Lo nota ácido, como si llevara muchas horas recalentado. Hace una mueca de asco. Los otros

convalidan su impresión. Por la avenida pasa un camión cargado de vacas, metiendo un estruendo ensordecedor. Miran hacia afuera, al enjambre de autos, colectivos y camiones que llenan el asfalto.

—Me parece que si se hiciera un concurso para ver cuál es la avenida más fea del mundo, gana Yrigoyen —dice Mauricio.

—Capaz que sí —dice Fernando y bebe de un trago el resto de su café.

Mono

El sobrenombre de “Mono” nunca tuvo que ver con su apariencia, porque siempre fue rubio y pálido y casi lampiño, y aunque no era muy alto andaba siempre bien erguido. De manera que nunca fue muy peludo ni chueco ni encorvado, rasgos todos más fácilmente asociables con los monos. El sobrenombre, en realidad, se lo puso Mauricio, que desde chico hizo gala de una inventiva elegante y desalmada. Y se lo puso el día en que Alejandro —el último día que se llamó así, cuando acababa de cumplir diez años— estuvo a punto de matarse.

Estaban los cuatro dilapidando las horas de una siesta de febrero en la vereda, a la sombra de un enorme sauce llorón, cuando Alejandro señaló la copa y aseguró que él era, de los cuatro, el único capaz de subir hasta arriba de todo. Era un árbol viejo y frondoso y sus raíces, que reventaron la vereda años atrás, habían tenido a mal traer a los obreros de Gas del Estado encargados de cavar la zanja para el tendido de los caños de la red.

Los demás le dijeron que no, que no podía llegar hasta arriba de todo, pero más por llevarle la contra que porque lo creyeran incapaz. Además no eran ni las cuatro, y no tenían nada que hacer hasta que las vecinas se levantaran de dormir y ellos pudiesen jugar al fútbol otra vez.

Alejandro se incorporó, se sacudió la tierra de las palmas y se encaramó de un salto en una de las ramas bajas. Bastó que iniciara el ascenso para que los otros empezaran a burlarse, alarmarlo, criticar su método de trepada y amenazarlo con avisarle a su madre. Pero Alejandro seguía de rama en rama, cada vez más alto, y los demás, al pie del sauce, entrecerraban los ojos porque les molestaban las hojas y las cortezas que iba desprendiendo a medida que subía. Por más que se desgañitaran gritando, los otros tres advertían que Alejandro estaba más y más cerca del aro de luz que

se abría sobre la copa. El último tramo lo subió aferrándose al tronco con brazos y piernas, como un koala, un poco por lo frágil de las ramas superiores y un poco porque, a esas alturas, ya le daba vértigo mirar hacia abajo.

Por fin llegó a lo alto y con sumo cuidado se dio vuelta para poder verlos, deslizando muy de a poco los pies. Cuando se sintió seguro soltó las manos, se aferró los genitales y les dedicó a los de la vereda unas cuantas obscenidades. Después, satisfecho, miró alrededor, para retener los detalles de una panorámica inexplorada, porque las casas del barrio eran todas bajas, y ninguno había visto jamás, desde tan alto, los techos de la cuadra. Ser el primero, y suponer que los otros tres jamás verían aquello, se le antojaba la antesala de un prestigio sin límites.

Con el pecho inflado en la efervescencia del orgullo cerró los puños, abrió los brazos y lanzó el grito gutural lleno de graves y falsetes que habían aprendido viendo en televisión a Johnny Weissmüller y a Ron Ely, y se lanzó a golpearse el pecho al grito de “¡Soy Tarzán, el rey de los monos!”.

Llevado por el entusiasmo empezó a los saltitos sobre la rama que le servía de sustento. Saltos prudentes, tímidos, pero saltos al fin, hasta que de buenas a primeras la rama se partió con un crujido, que a los de abajo les heló los cabellos de la nuca y al escalador lo precipitó árbol abajo, en un periplo de locos en el que cayó rebotando de rama en rama en las posturas más inverosímiles y en medio de chillidos de pavor.

Por suerte en aquellos años todavía vivía Abelardo Colacci, que tenía un Ford Falcon al que le prodigaba cuidados de amante devoto. Como el viejo Colacci sostenía que el sol de enero le quemaba la pintura, estacionaba el Falcon debajo del enorme sauce desde diciembre hasta marzo, y eso permitió que Alejandro, en lugar de caer en la vereda, en la tierra o en el pavimento, lo hiciera sobre el techo del auto, con un estrépito de infierno. En las semanas siguientes los cuatro iban a acercarse al auto de Colacci para recorrer con la mirada, absortos, las sinuosidades del cráter que dejó Alejandro al caer sobre la luneta negra. “Acá pegué con la cola”, diría Alejandro, como quien explora las vértebras de un dinosaurio exhibido en un museo. “Acá, con la cabeza.” El Ruso, por su parte, agregaría: “Todo lo que ves abollado es lo que te

aguantó el Falcon. Eso te salvó. Ni la vereda ni el asfalto se habrían abollado. Y vos estarías muerto”. Lo había dicho la primera vez, cuando los dejaron entrar a la habitación de la Clínica Modelo, y se toparon con Alejandro en cama y enyesado. Y como le pareció un comentario enormemente sensible y atinado, lo siguió repitiendo cada vez que volvieron al pie del sauce.

El día de la caída, después del estrépito de chapas y vidrios, y mientras los vecinos empezaban a asomarse a ver lo que suponían un choque de autos en la esquina, y alguna vecina más lúcida que las demás empezaba a llamar a la ambulancia, los otros tres se acercaron al auto sobre el que yacía Alejandro, sucio, raspado, gimiente pero indudablemente vivo. Y fue entonces cuando Mauricio, apenas se le pasó el susto y el miedo de que su amigo más chico se hubiese muerto, hizo una mueca, sonrió de costado y le soltó el sobrenombre que le quedaría para toda la vida.

—Ja. Otra que el rey de los monos. ¿Vos? Mono y gracias. Y así fue.